

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID.	
	Pesetas.
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Solo.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar.....	8 pesos
CORRESPONSALES	
25 números.....	1,50
NÚMERO CORRIENTE	
10 céntimos.	



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hayan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

PERIODICO SATÍRICO BISEMANAL

ALVES D'VEIGA

Poco importan sus datos biográficos para aumentar el interés que inspira hoy á los republicanos españoles y portugueses.

Baste decir que ha sido siempre leal á la causa de la República y el primero que ha levantado en Portugal la bandera revolucionaria al frente de los sublevados de Oporto.

ERA DE ESPERAR

Que lo aborrecían, ¿quién lo duda? Que lo han combatido á sangre y fuego, ¿quién no lo recuerda? Y, sin embargo, hoy, según ellos, le deben el triunfo, y con él la prueba de las simpatías que gozan en el país.

Con el sufragio universal traen á las Cortes una gran mayoría los conservadores; luego la opinión es en su mayoría conservadora.

Verdad es que, para ayudar á que de tal suerte se haya revelado la opinión, el gobierno ha echado el resto.

Silvela el mesurado ha eclipsado las glorias de Romero el fogoso, y han llovido las multas sobre los ayuntamientos y las amenazas ó el soborno sobre los electores, y se han empleado todas las armas prohibidas del arsenal conservador, desde el garrote del polizonte hasta el brebaje del tabernero, siendo durante las elecciones el timo y el escamoteo de tantas las notas salientes de la sinceridad silvelina.

Este nuevo ensayo del sufragio, dirigido por los conservadores, ha dado el resultado apetecido: el de que sus partidarios se convenzan más cada día de que no es la panacea que ha de curar todos nuestros males.

Ahí lo tienen desacreditado, como todo aquello en que ponen sus manos los restauradores, habiendo servido sólo para patentizar una vez más que los gobiernos monárquicos desprecian soberanamente á sus enemigos en la lucha legal, y que el pueblo, que no espera de ella su salvación, acude á luchar sin entusiasmo.

Y no podía suceder otra cosa.

Suponer que los enemigos eternos del sufragio lo practicasen de suerte que pusiera en peligro el poder que disfrutaban; creer que iban á respetar una ley hecha contra su voluntad los que no se han parado nunca en barras y han llegado, por buscar influencias que los sostuvieran en el mando, hasta comprometer, como cuando lo de las Carolinas, la integridad de la patria, sería el colmo de la candidez.

El gobierno de Cánovas ha hecho en las elecciones lo que era de esperar, lo que hacen siempre los conservadores con todos los intereses del país, con su tranquilidad, con su decoro, con su riqueza; han cogido el sufragio y se lo han comido, manchándolo antes con su contacto.

Por esto es de creer que no les aprovecho.

DE VUELTA

El domingo llegó el Sr. Salmerón á Madrid, después de su expedición á Barcelona en busca de su acta.

Lo recibieron sus amigos en los andenes de la estación, que estaban llenos de gente, y recibió una gran ovación por el trayecto hasta su casa.

Una vez en ella y llamado por el público, se asomó al balcón el presidente del Congreso la noche del 3 de Enero, habló, y...

Más valiera que hubiese callado, pues todas sus palabras fueron de amor á la legalidad, en un tono que ni aun el mismo Castelar ha empleado, y de renuncia completa á los procedimientos revolucionarios.

Los señores Castelar y Pi no fueron á esperarle, é hicieron mal á mi entender, porque el primero habría podido envanecerse del discípulo tan aprovechado que ha sacado en este asunto de la evolución; y el segundo se hubiera convencido de la inutilidad de todos los esfuerzos que intenta hacer para poner el revolucionario partido federal á las órdenes de un hombre que, cuando le pegan un bofetón en la mejilla derecha, pone mansamente la izquierda para que le den otro, procedimiento muy evangélico ciertamente, pero que se aviene mal con la dignidad del hombre y con la idiosincracia del español.

RECUERDOS

Dos de las cosas que más nos pierden á los españoles, es la falta de memoria y la impresonabilidad.

Por la primera juzgamos de los hombres y los sucesos sin tener en cuenta antecedentes de ninguna clase, y por la segunda pasamos de la admiración al desprecio y de la alabanza al vituperio, y viceversa, por cualquier detalle sin importancia malidita.

Pero como nosotros no somos impresionables ni carecemos de memoria, reproducimos á continuación, hoy que algunos jefes republicanos celebran banquetes, el artículo que publicamos el 11 de Febrero de 1888, por venir como pedrada en ojo de Fabié.

FIGURAS ÉPICAS

Era la tarde del 11 de Febrero de 1873.

El pueblo español, representado en Cortes, aceptaba la dimisión del rey D. Amadeo de Saboya, y en uso de su indiscutible soberanía proclamaba la República.

Cuatro hombres, cada uno de los cuales equivalía á una institución por sus antecedentes, sus talentos y sus levantados propósitos, se encargaron de demostrar que el pueblo no se había engañado al esperar su redención moral y material de aquella forma de gobierno. Aquellos hombres eran Figueras, Castelar, Pi y Margall y Salmerón.

Y vióse á España, libre y próspera bajo su mando, escribir en leyes sabias y justas el Código inmortal de la democracia, gozar de paz en el interior y respeto en el exterior, y buscar en el trabajo el bienestar que antes pedía á los empleos públicos alcanzados por el soborno ó la intriga, ó al agio disfrazado con nombres pomposos.

No podía suceder otra cosa siendo el primero de aquellos hombres profundo diplomático, grandísimo orador el segundo, notabilísimo hacendista el tercero, y uniéndolo el cuarto la energía de Danton á una severidad catoniana.

Todos los sueños de dicha y prosperidad halagados por la nación durante los sangrientos y ominosos reinados de Fernando VII é Isabel II, se realizaban merced á la poderosa é incesante iniciativa de aquellos hombres excepcionales que, atentos á bien público, ni cesaban esas emulaciones que engendran odios, ni esos exclusivismos de escuela que provocan intransigencias.

Dos años más de gobierno así, y España hubiera sido la primera nación del mundo; de tal modo y con tal acierto y valentía se abordaban los problemas políticos y administrativos que preocupaban y aun siguen preocupando á todas las naciones.

Eterno parecía este estado de cosas, cuando la reacción, desesperada de que su reinado hubiese concluido, sedujo á un soldado oscuro para que allanase el templo de las leyes, donde el gobierno y los representantes del país estaban congregados la madrugada del 3 de Enero de 1874; y así lo verificó.

Gobernaba por aquel entonces Castelar, presidía el Congreso Salmerón, y se dedicaba Pi á la grandiosa tarea de traducir en leyes sus transcendentales proyectos rentísticos (y no hablo de Figueras, porque una desgracia lo tenía alejado de la política activa); circunstancias que no tuvieron en cuenta los reaccionarios al poner en ejecución su criminal proyecto.

¿Cómo si no se hubieran atrevido á levantar bandera de traición, teniendo que habérselas con hombres del entusiasmo de Castelar, de la fortaleza de Salmerón y de la serenidad de Pi? ¿Es que creyeron que, falsos de valor y de convicciones, iban á entregar como mujeres lo que tenían la obligación de defender como hombres? ¿O que, apreciando en más su vida que el cumplimiento del deber más rudimentario, correrían asustados al primer disparo de fusil que hicieran los rebeldes?

Por no pensar en nada de esto, se atrevieron los reaccionarios á realizar el hecho más sangriento, pero á la vez más glorioso que registran los anales de pueblo alguno; la catástrofe más tremenda de la historia por la calidad de las víctimas, pero también la más grande por la enseñanza y el ejemplo que dejó. Maldición sobre los que llevaron á cabo la hecatombe, pero á la vez honra y admiración impercederas para los que sellaron con su sangre la fe jurada y el convencimiento adquirido!

No bien Salmerón, presidente del Congreso, se enteró de que á las puertas del santuario de las leyes rugía la deslealtad, cuando se levantó de su asiento con la admirable majestad del hombre fuerte en su derecho, y con varonil apostura, relampagueando en sus hermosos ojos la indignación, alzó el brazo derecho sobre su altiva cabeza, y con voz de que sólo puede dar idea el rugido del león al ser atacado, prorrumpió en estas palabras:

«Señores representantes del pueblo! la rebelión profana este recinto. Imitemos á los romanos y á los franceses en ocasión parecida, y muramos dignamente en nuestros puestos.»

«¡Sí! ¡Antes la muerte que la deshonra!», añadió con su irresistible voz tribunicia Castelar.

«¡Seamos los numantinos de la República!», prorrumpió grave y solemnemente Pi.

Y los representantes, electrizados por aquellas frases sublimes, levantáronse nerviosamente de sus asientos, extendieron los brazos, juraron hacerse dignos de los tres prohombres, y volvieron á sentarse con la calma imponente que inspira la idea del sacrificio á los caracteres varoniles.

¡La epopeya no tiene heroicidades, que cantar más grandes que aquella!

Cuando los soldados hollaron con su planta el salón de sesiones, ni un solo diputado volvió la cabeza: la serena actitud de su valeroso presidente les indicaba cuál debía ser la suya. Vacilaron ante aquel espectáculo los insurrectos, y hubieron retrocedido á no dar en aquel mismo instante el que los mandaba la voz de ¡fuego!

Una descarga corrada contestó á esta voz infame, y varios diputados inclinaron para siempre la cabeza sobre el pecho. Pi recibió un balazo en la suya, llevándose al morir la resolución de todos los problemas sociales.

Indignados ante tan cobarde agresión, sin más armas que sus brazos y al grito de ¡viva la República!, varios diputados se abalanzaron á los asesinos, logrando desarmar á algunos. Entonces su jefe, ebrio de ira, mandóles cargar á la bayoneta, y no hay palabras para pintar la horrorosa escena que siguió.

El arma terrible que dió celebridad á nuestra infancia en la campaña de Africa se hundió en el pecho de los elegidos del pueblo, sin arrancarle un grito de dolor. Al caer Castelar herido en el vientre, lanzó este profético:

EL MOTIN



ALVES D'VEIGA, jefe del movimiento republicano de Oporto.

co apóstrofe: «¡Mi sangre ahogará la monarquía que hoy se funda!»

A todo esto el presidente permanecía tranquilo en su asiento, cual si fuere extraño á los horrores que presenciaba. Parecía que en él habían encarnado las almas de todos los grandes hombres inmolados por la injusticia. No, no se habían engañado los que desde el comienzo de su vida pública lo calificaron de varón justo y de varón fuerte.

Con los brazos cruzados, la mirada serena, y sin contraerse un solo músculo de su noble rostro, vió avanzar hacia él un grupo de soldados. Cuando llegaron á distancia de poder herirle, alzóse arrogante, separó los brazos y presentó el pecho á las bayonetas, pronunciando el ¡viva la República! mas solemne que ha llegado á oídos humanos, al mismo tiempo que la soldadesca despedazaba furiosa su indomable corazon.

Ella, la República, cayó aquella noche, pero no murió ni morirá jamás! Los nombres de las tres víctimas más proclamas, Castelar, Pi y Salmerón, forman unidos el estandarte sagrado que ha de conducirnos en día no lejano á la victoria; y la sangre que vertieron, ahoga poco á poco, como dijo al morir el ilustre tribuno, á la monarquía.

Honremos en este día, aniversario de la proclamación de la República, á los tres hombres inmortales que nos trazaron con su sacrificio la senda del deber, y que, al morir, se ahorraron el dolor y la vergüenza de ver las divisiones que desgarran hoy á los que se dicen jefes del partido republicano, las complacencias que tienen con el poder creado sobre las bayonetas del 3 de Enero y las cobardías inconcebibles de que dan muestra.

Y si al ver las miserias, las veleidades y las apostasías del presente, sentimos enflaquecer nuestro ánimo y que el desaliento nos estruja entre sus terreas manos, pensemos en aquellos tres héroes de nuestra redención, en aquel severo Pi, en aquel legendario Castelar y en aquel valiente Salmerón, y exclamemos con orgullo:

«Causa que tuvo aquellos hombres tan grandes, no puede perecer porque hoy los tenga tan pequeños.»

VICIO DE ORIGEN

Hemos dicho, lamentándolo, que *El País*, periódico del Sr. Catena, venía perjudicando con sus campañas á la personalidad del Sr. Ruiz Zorrilla y al partido republicano progresista.

¿Con qué propósito? Lo diríamos si lo supiéramos; si bien nos inclinamos á creer que con ninguno censurable, sino por torpeza ibigénita.

Esta actitud nuestra ha sido discutida y censurada por algunos. ¿Qué hacerle? A esto se expone el que da al público su opinión.

Sin embargo, como la verdad es una, poco á poco se va abriendo paso, y he aquí que hoy nos encontramos con que *El Diluvio*, periódico republicano progresista de Barcelona, dice lo siguiente:

«La lucha entre los partidarios del Sr. Ruiz Zorrilla y los del Sr. Salmerón ha llegado á *El País*, órgano de los primeros, á estampar frases arrogantes que merecen y deben ser explicadas, ya que á ellas puede darse una interpretación que no favorece al Sr. Zorrilla.

¿Qué significa aquel «Ahí está su acta (la del Sr. Zorrilla), hecha pedazos por la enérgica mano del elegido en las calles de Barcelona, para quien quiera bajarse á recogerla?»

¿Quiere decir esto que el Sr. Ruiz Zorrilla con su enérgica mano arroja á la faz de los electores los votos con que le honraron?

Si esto no fuese así, equivaldría á decir que ni el señor Ruiz Zorrilla ni los que le siguen son liberales, y que la República á que dicen aspirar sería como la de Venecia con su Consejo de los Diez, sus bravos y su tribunal secreto. No es de liberales ni de demócratas arrojar un acta á la faz de los electores; hay en esto cuando menos falta de gratitud y respeto y sobra de soberbia, cualidades más propias de un dictador que de un republicano.

No hace mucho tiempo que los fusionistas hicieron circular la noticia de que el Sr. Ruiz Zorrilla era una garantía para el gobierno, y esto causó indignación y fué calificado de calumnia. Recuerde *El País*, porque, según los hechos y los dichos, lo que hoy es un absurdo mañana puede parecer verosímil, y es buen camino para esto rasgar actas y arrojárlas á la calle.

Alguien ha dicho que el Sr. Ruiz Zorrilla infería con el rasgo de *El País* un agravio á Barcelona. ¡Ah! esto no. La segunda capital de España está muy por encima de tales pequeneces. Lo que se deduce aquí del arranque de *El País*, es que el Sr. Ruiz Zorrilla quiere ser jefe de una oligarquía avasalladora y no de un partido nacional republicano liberal que entienda que es anterior y superior al jefe, y que éste ha de acatar y cumplir sus decisiones ó dimitir si no está de acuerdo con ellas. Y en verdad, en verdad que los españoles todos estamos cansados de oligarquías que han puesto á la nación en el trance en que se encuentra, y no queremos apechugar con otra.

¿Deducen bien los que sacan del arranque del periódico madrileño las consecuencias que acabamos de exponer? Hable *El País*.

El País ha hablado, para agravar si cabe la cuestión y para que el Sr. Ruiz Zorrilla quede en entredicho con sus correligionarios de Barcelona.

Sentimos en el alma, por todos, pero en primer término por el Sr. Ruiz Zorrilla, que los encarga-

dos de interpretar aquí su pensamiento lo hagan tan mal, que unas veces den lugar á suponer que va á venir á España, otras que sienta benevolencias hacia los conservadores, otras lo dejen indefenso ante los ataques de *La Justicia*, y otras, como ahora, lo enemisten con importantes elementos propios en la segunda capital de España.

El vicio de origen de *El País* (un católico lo calificaría de pecado original) es la causa de todas estas desdichas. ¿No habría medio de borrarle ese pecado?

Piensen en esto D. Manuel y la Junta directiva del partido, que interesa á la revolución.

Escrito esto, leemos en otro número de *El Diluvio*:

«... Asegúrase que numerosos zorrillistas de esta ciudad, ofendidos por las desprecitativas frases publicadas por *El País* acerca del acta de Barcelona, tratan, á menos que el Sr. Ruiz Zorrilla desautorice enérgicamente al expresado periódico, de separarse de su partido y de prescindir al menos de su jefe, ladeándose hacia el federalismo unos y hacia el centralismo otros.»

Esto es grave, y hay que evitarlo.

Entre un periódico que pone en esta situación al Sr. Ruiz Zorrilla y unos correligionarios como los de Barcelona, la elección no debe ser dudosa.

Además, debe tenerse en cuenta que las torpezas de *El País* dan lugar á que los demás periódicos inserten á menudo sueltos parecidos al siguiente de *El Imparcial* del martes último:

«*El País*, que aunque parezca absurdo, es el periódico mejor informado de las cosas del gobierno desde que mandan los conservadores, tanto que parece un periódico de cámara, da ayer algunos indicios de lo que ha de comprender el Mensaje de la Corona.»

RESPUESTA

El jefe del cuerpo de Seguridad, Sr. Morera, ha facilitado datos á un periódico para que publique su biografía, cual así lo ha hecho; y como esto lleva el propósito de dar un mentís á lo que de él hemos dicho, declaramos que esa biografía es oscura en unos puntos ó incompleta en otros.

Oscura, porque en ella no se hace constar claramente que sus empleos en Cuba desde 1869 hasta 1872 deben entenderse como de milicias disciplinadas de la isla, no como de ejército, cual se pretende.

Incompleta, porque se omiten los servicios prestados en las filas carlistas, algunos de los cuales, los de Cataluña, ha publicado *El Morix*, y en los que lo cupo la gloria, nada envidiable, de ser jefe de estado mayor de Saballs después de los infames asesinatos de Olot.

De lo demás, nada tenemos que decir; si se batió bien en Cuba, no hizo mas que cumplir con su deber, como todos los jefes y oficiales; y si en muchas ocasiones socorrió á los necesitados con su dinero ú obsequió á su gente, todos hemos hecho alguna vez lo mismo, sin acudir á diario á la prensa para que lo publique.

Aquí no se trata de nada de esto, sino de si debe ser jefe de Seguridad en Madrid el segundo de Saballs; si el gobierno, que lo ha nombrado por influencia del conde de Saliente en la presidencia (Martínez Campos no se hubiese atrevido á tanto), no ha lanzado con esto un reto al país liberal; y si no debemos trabajar todos para que este señor (todo lo guerrillero y todo lo generoso que se quiera) deje cuanto antes ese puesto.

Y antes que se nos olvide.

Nada dice tampoco la biografía de si su situación como coronel del ejército está debidamente justificada; ni de un examen que debió sufrir ó sufrió en Valladolid para poder optar al ascenso; ni de una real orden de tiempos de Cassola á propósito de este asunto; en suma, que su verdadera biografía no es la confeccionada con los datos facilitados por él.

Venga la verdadera, legalizada por Guerra, sin omisiones de años ni lagunas de servicios prestados en la facción, y entonces quedaremos convencidos.

En este punto, se entiende; que en el de creer que debe ser jefe de Orden público, aunque haya ganado más batallas que Napoleón y hecho más obras caritativas que San Vicente de Paul, en ése no habrá nadie que nos convenza.

Es cuestión de decoro para los liberales, y en tales cuestiones no hay manera de ceder.

¿DENTRO O FUERA

El Consejo federal ha acordado conmemorar con un banquete la fecha de la proclamación de la República.

Cualquiera, al leer esta noticia, creará que se trata de un organismo compuesto de muchas per-

sonas del partido, y que, por lo tanto, va á resultar un banquete monstruo.

Pues nada de eso; como la Trinidad, juzgada por el gitano del cuento, el Consejo ha quedado en Madrid tan reducido, que lo forman únicamente los señores Pi y Moya.

Y por cierto que hemos oído lo siguiente:

Que ni el Sr. Pi pensaba en banquetear el 11 ni Cristo que lo fundó; pero que, al ser invitado por el Comité municipal de su partido para asistir al que éste proyectaba, no se le ocurrió mejor forma para despreciarlo, que anunciar el otro.

¡Pobre Comité municipal! Lo mismo en las elecciones que en los banquetes, que en todo, su jefe le da con la puerta en los hocicos, y no va á tener más remedio que someterse ó dimitir.

¿Lo ocurriría esto si se mostrase siempre digno y enérgico dentro de la doctrina, en vez de andar con paños calientes, queriendo y no queriendo, que son dos cosas, como dice la coplilla popular?

No; de ninguna manera. Las situaciones ciarraz tienen, entre otras ventajas, la de infundir respeto aun á los mismos que piensan de otro modo.

Creánnos el Comité y *La Revolución*, su órgano. Con Pi, como con todos los soberbios, hay que tener presente siempre aquella redondilla de *El Día del Mundo*:

Si mojas á alguno, cuida
de endiñarle al corazón;
no se olvida una intención
y un beneficio se olvida.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Suponía á Ricardo, el de Tudela de Duero, cazando ó tirando al blanco para no perder la buena puntería que adquirió en las filas del *Chapa*, cuando he aquí que me dicen que anda retraído en su parroquia, armando escándalos de este calibre:

Una señora asistió al funeral de una amiga suya, y se empenó en expulsarla de la iglesia, respondiéndole ella:

—Haga usted el favor de retirarse; estoy oyendo misa y me quita la devoción.

—Le he dicho á usted que se vaya.

—Y yo le repito que estoy oyendo misa y perturba usted mi devoción.

Entonces nuestro héroe cogió de un brazo á la señora é intentó levantarla para arrojarla del templo. No lo consiguió, y empezó á dar voces, ordenando al sacristán que fuese á buscar al juez y al alcalde. El sacristán obedeció volviendo poco después con las autoridades.

Como ni el alcalde ni el juez encontraron motivo para expulsar á aquella señora, negáronse á prestar al furibundo clérigo el auxilio que solicitaba, y se marcharon dejándole lanzando espumarajos de ira y prorrumpiendo en amenazas contra la devota, contra las autoridades y contra todo bicho viviente.

¡Ah! ¡si hubiera tenido entonces á mano el trabuco de marras! Habrían visto todos que no se contraría así como así á un cura de sus ímpetus y de sus bríos.

No fué mico, sino orangután, el que se llevaron días pasados los católicos de Antequera.

Esperaban al obispo de Málaga que debía llegar en el tren de las once. Paró éste, dióse la señal convenida, y empezaron á repicar las campanas.

Pero resultó que el obispo no venía, y que de los coches de primera sólo bajó un viajero que se metió en un carruaje particular que le esperaba.

¿Qué se creyeron aquellos fanáticos? Que el viajero en cuestión era el obispo, y siguieron el coche dando vivas y armando una escandalera de dos mil sacristanes.

Por su parte el individuo del coche, que debía ser un barbián de buen humor, sacó la mano por la portezuela y repartió unas cuantas gruesas de bendiciones.

Fué en lo único que no salieron defraudados los manifestantes, pues lo mismo les sirven las bendiciones de aquel guasón que las del obispo.

Si el cura de El Vellón hubiese cobrado un bautizo á doble ó triple precio de lo acostumbrado, hubiese hecho perfectísimamente bien.

Es cura de El Vellón y se apellida Torreblanca, para no dejar á los borregos sin la segunda parte de su apellido y sin el nombre del pueblo.

Por una acequia que atraviesa el huerto de las clarisas de Elche, se ha escapado una monja atravesando un largo trayecto con el agua hasta la cintura.

Prefirió exponerse á perecer ahogada, á morir asfixiada.

Le alabamos el gusto.

OBRA NUEVA

ATAR-GULL

por

EUGENIO SUE

Un tomo: DOS pesetas.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.